

PRÓLOGO

Los mitos del Nuevo Mundo han dado lugar a una copiosa producción literaria, aunque la mayor parte de estas elucubraciones, ensayos y escritos de variopinto pelaje no puede decirse que se alce por encima de un precario nivel de elemental divulgación¹. Un lugar de honor merecen, entre tanta balumba impresa, las narraciones un tanto anoveladas y carentes de mayores pretensiones del andariego madrileño Giro Bayo († 1939), un hombre en verdad enamorado de la historia tanto patria como americana, que, dolido del, a su juicio, inmerecido olvido en que se habían sumido por el paso del tiempo los acontecimientos de la conquista, dedicó una tetralogía a exponer en apacible prosa las leyendas áureas del Nuevo Mundo (*La colombiada*, *Los marañones*, *Los césares de la Patagonia* y *Los caballeros de El Dorado*); esta serie de volúmenes, que intenta a la manera de Kingsley hacer accesible al gran público un romántico pedazo del pasado, hoy quizá no disfruta del reconocimiento que merece, sin que se necesite ser un zahorí para adivinar el motivo.

En efecto, en una falta y no liviana incurre el planteamiento puramente literario de Giro Bayo, y es que el tema está tratado desde un punto de vista demasiado unilateral, glorificador en exceso de los conquistadores: sus protagonistas vienen a ser como héroes griegos, más o menos simpáticos y atrayentes, pero situados fuera del alcance

1. La bibliografía oportuna vendrá dada en cada apartado, de modo que solo procede aquí deshacer un par de posibles confusiones. En efecto, tiene título equívoco el libro de H. Sanabria Fernández, *En busca de Eldorado. La colonización del Oriente boliviano por los cruceños*, Buenos Aires, 1958, ya que se trata de la historia de Santa Cruz de la Sierra durante los siglos XIX y XX. No más afortunado anduvo F. Giunta en la elección del suyo, *La conquista dell'El Dorado*, Milán, 1983, que es en realidad una selección y traducción de una serie de cronistas, precedidos de una magra introducción en la que no falta la característica visión maniquea de la historia, con «*il ordine perfetto*» de los ingas destruido por la «*singolare butalità*» de los españoles.

Ni que decir tiene que el tema ha seducido desde siempre a los artistas y desde luego a la cinematografía (baste citar las películas de Herzog y de Saura). La fortuna de T. Heyerdahl movió también a otros autores de menor fuste a imitar su ejemplo. Ahí tenemos, por ejemplo, a H. Ertl (*Tras las huellas de los incas*, Barcelona, 1963) realizando una expedición al cerro Paititi (3.150 m.) y descubriendo en los valles vecinos santuarios solares, que solemniza con la fotografía y con la pluma.

de la crítica; claro es que la historia se convierte así en epopeya o en santoral, y el mundo, hoy por hoy, no parece muy dispuesto a aplaudir espontáneamente a un panegirista de héroes, seculares o religiosos, ni aunque el cantor sea un Jacobo de la Vorágine redivivo. Desde la Edad Media es cosa sabida, además, que si algo hay sometido al giro constante de la rueda de la fortuna es la fama, y más aún la de los conquistadores, ensalzados hoy y denigrados mañana según los humores predominantes. Esta es la razón de que la idea de Giro Bayo de deleitar enseñando no encuentre en la actualidad el eco que debiera: sus personajes no gozan de buena prensa, si es que gozan de alguna.

Sobre parecida base, pero corregida y aumentada, se asienta el muy atractivo estudio que el padre Bayle consagró a *El Dorado fantasma*, publicado por el Consejo de la Hispanidad en 1943, cuando el mundo entero se veía sacudido por el tronar horrísono de los cañones. En este libro salen muy claramente a la luz las virtudes y defectos del prolífico jesuita, quizá por ser el más redondo de todos los que entregó a la imprenta; por un lado se aprecia agudeza y gracejo, elegante y amenísima pluma, experiencia americana y erudición a raudales, por lo general adquirida en las bibliotecas y no en los archivos; por otro, se nota cierta confusión apresurada, un ingenuo regusto por lo arcaico y castizo y, a la par, una concepción del patriotismo muy encastillada en lo tradicional, comprensible después de los horrores de nuestra Guerra Civil y que, a efectos ideológicos, se traduce en una defensa a ultranza del imperio español, tan traído y llevado entonces por la propaganda falangista. Toda la obra se deshace en encendidísimos elogios de aquellos «Quijotes de la raza» que conquistaron América arrojando mil dificultades y superando los tremendos obstáculos de la naturaleza, sin retroceder ante las heladas cumbres de los Andes ni los inmensos pajonales y sabanas de los llanos plagados de mosquitos y sabandijas. Las circunstancias del momento, aturcido por la desmesura nazi, dejaron huella bien perceptible en la visión histórica del padre Bayle: en el capítulo intitulado «Los alemanes en las avanzadas» se teje una guirnalda en torno a la gesta de los primeros gobernadores de Venezuela, pues los tudescos «descubridores se parecen con los castellanos» en «la lucha entre la tenacidad y la naturaleza indomable, entre el empeño y la tozudez y los imposibles»²: ni más ni menos como se pensaba entonces que

2. *El Dorado fantasma*, Madrid, 1943, p. 105.

los ejércitos del III Reich y la División Azul iban a pasear sus banderas victoriosas por las estepas de la Rusia revolucionaria.

La idea motriz de este estudio es totalmente diversa, por lo que no viene al caso escribir ni un ditirambo ni un libelo. Se mire como se mire, subsiste el hecho innegable de que, salvando su calificación moral, los españoles que pasaron al Nuevo Mundo, buenos y malos, santos y pecadores, se dejaron todos ellos deslumbrar por espejismos notabilísimos, siendo los primeros en desvariar quienes en 1492 y 1493 oyeron hablar de amazonas, hombres de cara de perro y otros monstruos similares. Alguna explicación hay que dar a esta alucinación colectiva que duró siglos y en la que desempeñó no escaso papel la mitología clásica, el acicate que me impulsó a interesarme por tan intrigante como peculiar pervivencia de la Antigüedad grecolatina en el mundo moderno. Pero aquí surge otra nueva dificultad, y es que el problema se puede encarar desde dos ángulos diametralmente opuestos, ya que todo depende de si se considera o no el mito un producto de exportación español o, por decirlo de otra manera, si se piensa que sus creadores fueron los vencedores o los vencidos.

La primera postura la defendió ya el gran científico y gran humanista al tiempo que fue Alejandro de Humboldt, a quien parecieron fruto de un error de óptica europeo estas fábulas, en las que cabía reconocer la tendencia de los escritores renacentistas «a buscar en los pueblos nuevamente descubiertos todo lo que los griegos nos han enseñado sobre la primera edad del mundo y sobre las costumbres de los bárbaros escitas y africanos»³. Este juicio muy correcto, que hubiese merecido una exposición más amplia, cayó pronto en un lamentable olvido, en parte porque comenzaron a soplar los vientos románticos exaltadores del exotismo indígena y sobre todo porque, después del desgarró que trajeron consigo las guerras de independencia, ni los españoles ni los americanos quisieron recordar un pasado demasiado reciente cuyas heridas aún no se sentían cicatrizadas. Solo en nuestro siglo un italiano, L. Olschki, ha vuelto a poner sobre el tapete alguna de estas cuestiones en la por tantos conceptos excelente *Storia letteraria delle scoperte geografiche* (Florencia, 1936), sin que su ejemplo haya tenido, por desgracia, continuadores.

3. *Viage a las regiones equinociales del Nuevo Continente, hecho en 1799 hasta 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland*, París, 1826, III, pp. 245-46.

Por otra parte, frente a la visión que propugna una transmisión europea de los mitos, se alza la interpretación partidaria de la génesis americana que, contra lo que sería de esperar, no procede de la pluma de detractores intransigentes de la labor de España en Indias, sino de sabios muy amantes de lo hispano. Tal fue la tesis que granó, por ejemplo, en diversas notas de R. Cúneo Vidal, esforzado paladín del carácter autóctono de *Las leyendas geográficas del Perú de los Incas*⁴. Su método, que por su deliciosa ingenuidad trae a la memoria la doctrina de Evémero, explica todo recurriendo a la lengua y a las tradiciones indígenas. Resulta, así, que el personaje Dorado existió realmente, y dado que en quechua *manu* significa «tributo», la fábula se habría originado de haber entendido mal los españoles el pago de un impuesto a un cacique, que se revolcaría en el oro como un símbolo de toma de posesión; a su vez la fábula de las amazonas reflejaría un resto del matriarcado de ciertas cacicas, las *capullanas*, y la abundancia proverbial de Jauja derivaría de *saxay*, que en quechua significa «hartarse», «saciar el hambre y la sed».

Idénticos reproches, aunque mucho más suaves y matizados, cabe formular a un libro en verdad admirable por el arte con que sabe conjugar la erudición con amenidad, libro que aún hoy sigue siendo la obra clásica sobre la cuestión: la *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana* de Enrique de Gandía, que apareció por vez primera en Madrid, en 1929, seguida de algunas reediciones (Buenos Aires, 1946). Gandía, con su maestría habitual, va analizando con todo pormenor la evolución particular de las diversas quimeras del descubrimiento: islas fantásticas, gigantes y pigmeos, la fuente de la eterna juventud, las amazonas, etc. Esta pulcra disección temática de los mitos, considerados uno a uno y por separado, constituye sin embargo el mayor defecto de un trabajo riquísimo, porque entre tan denso frondaje acaba por perderse la perspectiva general. De ahí que Gandía sostenga, por ejemplo, que las múltiples tradiciones amazónicas derivan del impacto que produjo en el corazón sensible de los españoles la fama de las vírgenes del Sol, hipótesis a todas luces precipitada⁵.

4. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXVII (1927) 309-16.

5. Ya criticaron esta conclusión poco admisible C. Bayle (*El Dorado fantasma*, p. 200, nota 2) y E. Jos («Centenario del Amazonas: la expedición de Orellana y sus problemas históricos», *Revista de Indias*, IV 13 [1943] 517).

Las consecuencias de este enfoque parcial se dejan sentir también en otro libro no menos erudito, el ensayo que un sabio de criterio tan ecuánime como R. Levillier consagró pocos años ha al examen de un puñado de mitos⁶; el análisis sereno y equilibrado, pero incompleto, de las fuentes hace concluir al gran historiador que no solo los ingas se refugiaron realmente en el movedizo compás del nebuloso Paititi, localizado ahora en la sierra de Parecis, sino que las amazonas, en vez de ser un producto de la imaginación de los europeos, existieron de veras y lucieron su masculina hombría en el corazón del Nuevo Mundo.

El caso es, no obstante, que los españoles, por seguir con el mismo ejemplo y sin hacer un recuento exhaustivo, vieron amazonas en la Nueva Galicia y en California, en las islas del Pacífico Sur, en Chile, en la cuenca del Marañón y en el río Madre de Dios: demasiados parajes y demasiado apartados para pensar en una proliferación masiva de *capullanas* y vírgenes del Sol o en una peregrinación universal de las legendarias precursoras de cierto feminismo radical. Lo mismo cabe decir de los gigantes, de los pigmeos o de los grifos. La solución a todos estos interrogantes solo puede venir de un estudio lo más exhaustivo posible de las fuentes, que ofrezca una visión global de un conjunto realmente complejo, aunque de entrada parece claro y meridiano que todas estas apariciones fabulosas, como ya vislumbró Humboldt, responden a una misma causa y que esta causa no es real, sino ficticia: dicho de otro modo, que fue la fantasía de los españoles la que tuvo reiterado interés y empeño en descubrir amazonas por razones que creo quedarán aclaradas de manera suficiente en las páginas que siguen.

Huelga decir en consecuencia que el presente estudio está consagrado a la comprensión de la mitología de los conquistadores y que, por lo tanto, está escrito exclusivamente desde su punto de vista. Dado su enfoque, no podía ser de otra manera. Es indudable que un careo con la mitología de los vencidos podría haber enriquecido sus resultados, puesto que en ocasiones se aprecia de manera muy clara un curioso mestizaje intelectual y religioso. Desde el primer momento, sin embargo, he renunciado a tan bello como ambicioso proyecto porque mi deformación filológica me lleva a juzgar, quizá erróneamente, que requisito indispensable para entender la manera

6. *El Paititi, El Dorado y las Amazonas*, Buenos Aires, 1976.

de pensar de un pueblo es saber antes que nada su lengua, y a veces incluso otra u otras por añadidura: entre las llamadas «visiones de los vencidos» hoy tan de moda suelen figurar, por ejemplo, ciertos textos en náhuatl y en español, pero no la notable versión que de la conquista de México y pacificación de la Nueva España dio en latín Pablo Nazareo de Xaltocán, casado con doña María, una sobrina de Moctezuma, al dirigir juntamente con su suegro, don Juan de Axayacatl, una serie de largos memoriales a Felipe II en 1556; y la omisión no proviene de mala fe, sino de desconocimiento. Como aviso para los lectores y profilaxis de malentendidos, pues, me apresuro contrito a hacer pública profesión de ignorancia de los idiomas amerindios y de muchas, muchísimas cosas más de aquende y allende los mares, tantas y tamañas que me avergüenza proceder a su enumeración, sobre todo en un prólogo que debería ser pregón de excelencias y no de defectos; por acabar de decirlo de una vez, me falta la sabiduría de Sócrates. ¡Qué le vamos a hacer!

Cuando se intenta penetrar en la mentalidad del pasado el escollo más difícil de sortear es el anacronismo. Para salvar sus trampas todas las precauciones son pocas, razón que, al historiar sucesos pretéritos, aconseja evitar el uso de palabras que hoy nos parecen insustituibles. Así ocurre con el propio nombre de América que, salvo con ánimo de polémica, salió en muy contadas ocasiones de labios de un español en el siglo XVI y que por tanto asoma muy rara vez en el texto, solo cuando así lo autorice la fuente. Este es también el motivo de que se españolicen los nombres de lugar, incluso los puestos por los portugueses o los conocidos a través de ellos; se hace alusión, pues, a isla Hermosa con preferencia a Formosa, a la ciudad de Macán y no a la de Macao, y así sucesivamente. También en los nombres indios se ha respetado la transcripción castellana: se dirá, pues, aruaca (y no *arawak* ni *aravaco*), Tupa Amaro (que es como firmaba don José Gabriel Condorcanqui y la única forma que explica el derivado *tupamaro*) y no Túpac Amaru, inga (así Gomara, Cieza) y no inca. La cuestión puede parecer baladí, mas a mi entender tiene bastante más busilis de lo que parece, pues no significa lo mismo hablar del Amazonas, un hidrónimo más, que del río de las Amazonas, evocador de una realidad muy concreta, máxime cuando la nueva forma de colonizar deja su huella en exóticas distorsiones de las palabras, aunque sean griegas, como es el caso que nos ocupa: y así comienza ahora a ponerse de moda incluso en

medios muy cultos una absurda acentuación Amazonía, calco servil del francés *Amazonie*.

La presente obra está dividida en tres volúmenes, dedicado el primero al mundo antillano; el segundo, al Pacífico y el tercero, a la tierra firme. En este tomo que abre la serie la parte del león corresponde, de manera lógica e inevitable, al análisis del pensamiento colombiano, a averiguar qué significaba para Colón su propio hallazgo. No sin causa domina este período inicial la grande, escurridiza y dramática figura del primer almirante de las Indias, ni me ciega la pasión por el hecho de haber consagrado a su estudio una gavilla de artículos, algunos de ellos recogidos aquí en parte⁷, y sobre todo un extenso capítulo de los prolegómenos a la edición del *Marco Polo* colombiano publicada en 1986⁸ que, con ciertas adiciones y enmiendas, ha parecido oportuno incorporar al volumen presente. En efecto, aparte de que ninguno de los navegantes de la época resiste la comparación con la magia opaca de la personalidad colombina, el problema está en que los marinos castellanos contemporáneos fueron remolones en demasía a la hora de poner por escrito sus vivencias, de suerte que ahora hay que reconstruir sus aventuras indianas a partir de probanzas escribaniles o de partidas contables, siendo otro italiano, un embustero patético que se llamó Amerigo Vespuche, el único que tomó la pluma para sembrar confusión. Como no es mi propósito historiar estos viajes mal llamados «andaluces» —no eran andaluces Hojeda ni Cosa—, acerca de los cuales he publicado documentación inédita en otro lugar⁹, me he tenido que conformar con dedicarles un puñado de páginas, pocas quizá para sus merecimientos, suficientes para nuestro intento. El mito de la fuente de la juventud ha corrido mejor suerte; a él va dedicado el último capítulo de este volumen.

7. Son utilizados los siguientes: «Colón y la Casa Santa», *Historiografía y bibliografía americanistas*, XXI (1977) 125ss.; «Pedro Mártir de Angleria, intérprete de la cosmografía colombina», *Anuario de Estudios Americanos*, XXXIX (1982) 487ss.; «Nuevo cielo y nueva tierra: exegesis de una idea colombina», *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, 1986, II, pp. 297ss.; «Tarsis y Tarteso», *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Vitoria, 1987, p. 422ss.

8. *El libro de Marco Polo. Ejemplar anotado por Cristóbal Colón y que se conserva en la Biblioteca capitular y colombina de Sevilla*, Madrid, 1986, pp. 15-107.

9. «Marinos y mercaderes en Indias (1499-1504)», *Anuario de Estudios Americanos*, XLII (1983) 297ss.

Muy ajeno estaba yo, cuando por primera vez pisé el umbral del Archivo de Indias, hace ya muchos años, a que la curiosidad que me llevaba a la consulta de unos pocos legajos me iba a engolfar en un estudio que se iba a prolongar a lo largo de más de un decenio. De haberlo sabido, me lo hubiera pensado dos veces antes de embarcarme alegremente en una empresa que se salía de mi campo de trabajo habitual. Tampoco era entonces consciente de que se cernía sobre nuestras cabezas un *annus mirabilis*, la fecha fatídica de 1992, con la enojosísima carga política que llevan consigo a nivel mundial tales festejos y celebraciones en las que todos quieren llevar agua a su molino. Prevenido a tiempo, también me hubiera escabullido prudentemente del embolado sin tocar, ni aun rozar, temas que aún hoy levantan incomprensibles ampollas. Parece triste sino de nuestra historia el de dar pie a que, a la primera de cambio, se desencadene virulenta la polémica; y muy en especial se desborda la pasión con motivo de la colonización de las Indias occidentales, eterna manzana de la discordia desde fecha muy temprana y desde posiciones muy diferentes; en los albores del siglo XVII el buen padre Sigüenza, refiriéndose al descubrimiento de las islas del Poniente, no tenía ya palabras sino para lamentarse de que los tesoros del Nuevo Mundo, lejos de haber enriquecido a España, hubiesen volado a otras manos: «Aunque la gloria y honra d'esto se quedó para España, el provecho junto con el principio d'esta impresa ha sido para la patria de Colón, como lo llozamos sin tener habilidad para el remedio»¹⁰. Ahora las quejas, despojándonos también de la gloria y la honra, provienen de otras partes¹¹. En definitiva, la sensibilidad sigue estando a flor de piel, así que la mayoría de las veces solo se oyen cursilerías o improperios cuando se habla o escribe del imperio español, privado de un tratamiento desapasionado e imparcial que no se niega a las conquistas de Alejandro Magno ni de Julio César, ni siquiera a las más cercanas campañas de Napoleón; e incluso hay veces que se renuncia de manera deliberada a la historia y se actualiza el pasado para convertir en cuestión de honor nacional el tema de debate, como si de esta manera voluntarista

10. *Historia de la Orden de San Gerónimo*, III 19 (NBAE 12, p. 41 a).

11. La condena de la conquista española fue ya tema predilecto de la Ilustración francesa (cf. la polémica contra el abate Raynal de J. P. Forner, *Exequias de la lengua castellana*, Clás. Cast., p. 156ss.).

se pudieran resolver los problemas: error crasísimo que suele traer muy malas consecuencias.

Toda dominación se basa en último término en la ley de la fuerza y es, por tanto, tan tiránica e injusta, medida con los raseros actuales, como necesaria de algún modo para el punto de vista del hombre del siglo XVI y aun para el de muchos del siglo XX. Pero de 1492 acá ha llovido mucho: ha transcurrido casi medio milenio desde que tuvieron lugar tales sucesos y desde que los propios españoles denunciaran antes que nadie los desmanes inherentes a «su» conquista, y se va a cumplir un siglo desde la liquidación vergonzante de los últimos jirones del imperio, la fecha que merecería ser especialísimo motivo de reflexión para todos, los ahora dominantes y los ahora dominados, la antigua metrópoli y las colonias de otrora. Por de pronto, sería bueno y aconsejable tratar desde España de aproximarse a los acontecimientos con la cabeza más fría posible y deslindando siempre el presente, que nos pertenece —o así se nos figura— en exclusiva, de un pasado lejano que compartimos con muchos y en el que con frecuencia, a uno y otro lado del Atlántico, se ha ido a pescar a río revuelto, para disimular tristes carencias del momento con glorias o desatinos präteritos. El imperio español ha dejado de existir hace mucho; es preciso sustituir nostalgias imposibles o denuestos inútiles por el estudio objetivo, si cabe, de un singularísimo hecho histórico, mientras que la actualidad depara pábulo abundante de loa y de crítica a exaltados y justicieros de uno y otro signo: que de nada sirve poner guirnaldas a un cadáver o dar lanzadas a moro muerto¹².

Ya va siendo hora de poner punto final a esta introducción, que se resiste rebelde a concluir, pidiendo indulgencia para mis muchas faltas. He trabajado en solitario durante más de un decenio y esta soledad, ni deseada ni deseable, tiene evidentes secuelas negativas; de haber contado con ayuda, por ejemplo, habría comprobado todas las

12. Permítaseme ilustrar mi postura con un ejemplo. Hace poco un ilustre debedador de la conquista ponía de relieve los aspectos más negativos y desagradables de la dominación y, dispuesto a hallar carencias por doquier, reclamaba una investigación sobre el cruel uso que hicieron los españoles de los lebreles en Indias. La sugerencia me parecería de perlas, si no resultara que tal pesquisa hace tiempo que está ya hecha; desde mi punto de vista, más bien habría que pedir que la iniciativa para llevar a cabo ese trabajo la tomara en el futuro no un anglosajón, sino un español. Sobran críticas o panegíricos, faltan estudios.

citas y uniformado el libro, completando y ajustando más la bibliografía y las abreviaturas. En la medida de mis fuerzas, he hecho lo posible por subsanar los errores advertidos, aunque quedan sin duda muchos por corregir. Ni que decir tiene que la composición de esta obra me ha costado muchos berrinches y sofocones; pero también estos largos años me han enseñado muchas cosas que, al fin y a la postre, compensan la labor y el esfuerzo, pues, como decía el sabio Solón, no deja de ser bello envejecer aprendiendo.

Sevilla, julio de 1988

I. LOS ENSUEÑOS DEL PRIMER VIAJE. EL ORIENTE SEGÚN COLÓN

Nunca jamás, hasta el momento presente, el hombre ha emprendido un viaje a lo desconocido en términos absolutos. A la empresa descubridora han precedido siempre estudios y debates sobre datos positivos; después, ensayos y tanteos experimentales de todo tipo. La navegación llevada a cabo en 1492 no constituye una excepción a la regla, por cuanto Colón creía saber dónde se hallaba, en los confines del Asia oriental, y tal convencimiento lo acompañó hasta su muerte. Aunque pocas, algunas noticias había de la India y de la China, recorridas en peregrinajes increíbles desde el siglo XIII por comerciantes, religiosos y aventureros, cuyas relaciones, leídas ávidamente en Occidente, habían pasado a formar parte habitual de la cartografía de los siglos XIV y XV. El almirante, pues, hubo de enfrentarse a muchos problemas, pero quizá a ninguno tan peliagudo como el de interpretar el mundo que estaba contemplando. En efecto, por fuerza debía adecuar la realidad circunstante a los datos que sobre el Extremo Oriente habían transmitido tanto los geógrafos de la Antigüedad, que asimismo habían trazado y escrito mapas y descripciones de la India allende el Ganges, como Marco Polo y sus seguidores. La tarea, más que ardua, era imposible; pero Colón se aplicó a ella con una tenacidad y una habilidad que asombran, jugando de manera magistral con la intrínseca anfibología de la percepción lingüística, que le permite usar los mismos términos para designar seres y cosas del mundo soñado (la India) y de la realidad vista y vivida en las islas del poniente. Por otra parte, el genovés es hombre perseverante donde los haya; así, cuando encuentra contradicción, vuelve a pensar sus ideas y a reforzarlas con nuevos argumentos, introduciendo en sus escritos las correcciones oportunas que le invitaban a hacer sus más amplias lecturas y su más dilatada experiencia indiana. El resultado de todo ello es que lo que ahora se nos presenta como un bloque monolítico (el *Diario del primer viaje*, por ejemplo), es el fruto de un largo proceso de decantación de datos y reflexiones, a cuyo término el almirante ha intercalado adiciones, sí, pero también ha tachado párrafos enteros, privándonos para siempre de poder calibrar sus primeras sensaciones y sopesar sus juicios

erróneos en el alba del descubrimiento. Así y todo, los textos, por manipulados que estén, siguen transmitiendo su mensaje, trucado y doble a veces, transparente en ocasiones y en determinados momentos más significativo por lo que callan que por lo que dicen.

1. LOCALIZACIÓN DEL DESCUBRIMIENTO

El primer punto que ha de solventar el almirante consiste en el no pequeño problema de delimitar con la mayor precisión posible su situación en la carta de marear. Colón, por confesión propia, ha visto y consultado «esperas... e mapamundos» (24 de octubre [p. 165]), que contaban maravillas del Cipango, gracias a los cuales puede deducir el 14 de noviembre que el archipiélago de las Antillas forma parte de «aquellas innumerables [islas]... que en fin de Oriente se ponen» (p. 181). Efectivamente, Marco Polo había encarecido la multitud sin cuento de las islas de la India (III 8 y 42), y en el mapa catalán de 1375 se había fijado su número en 7.548, siguiendo la pauta del viajero veneciano. Pero hay más: los Reyes Católicos habían entregado al navegante una carta para el Gran Kan; era lógico que Colón expresara el 21 de octubre su intención de alcanzar la tierra firme y llegar hasta la ciudad de Quinsay, para hacer entrega de la misiva al soberano mongol (p. 164), si bien un lector de Marco Polo jamás habría situado la residencia del Gran Kan en Quinsay, sino en Cambalic. Pero dejemos ahora esta cuestión y atendamos a las demás precisiones geográficas que nos brinda el almirante. El 1 de noviembre se lee en el *Diario*: «Es cierto qu'esta es la tierra firme, e qu'estoy ante Zaitó e Quinsay, çien leguas poco más o menos lexos de lo uno e de lo otro». Resulta de ese aserto que Cuba se integra ya en China continental (más tarde el almirante la identificará con Mangi), y que el puerto de Zaitón se encuentra cercano. A Zaitón dedica un capítulo el libro de Marco Polo (II 70), pero tampoco esta mención implica conocimiento de su obra por parte de Colón: el puerto de Zaitón aparece en todo atlas que se precie, como en el catalán de 1375, en el mapamundi de Fra Mauro (XXV, 8, 27), que pondera el «magnifico porto de Zaitón», o el globo de Martin Behaim¹³. El almirante, en consecuencia, no está

13. Aparte de las noticias de Marco Polo, los europeos disponían de otros testimonios latinos antiguos sobre la ciudad de Zaitón. En efecto, en 1308 llegaron a

haciendo alardes de peregrina erudición, sino que se limita a orientarse respecto a ciudades de todos conocidas: también en el famoso mapa de Toscanelli figuraban Quinsay y Zaitón con sus letreros correspondientes. Para colmo, una afirmación de Colón prueba que en 1492 no había manejado todavía la relación de Marco Polo: el 30 de octubre nos declara que pensaba ir a Catay, ciudad muy noble y grande, «según le fue dicho antes que partiese d'España» (p. 170). Un conocedor del libro poliano jamás hubiera cometido el error de confundir una comarca, como

Cambalic fray Andrés de Perugia, fray Gerardo y fray Peregrino, portadores de una bula del papa por la que se concedía el arzobispado de Cambalic a fray Juan de Montecorvino, con facultad de crear otros obispados según lo juzgase oportuno. Pronto se presentó la ocasión, como indica una carta de fray Andrés de Perugia: «Hay una gran ciudad junto al mar Océano que se llama en lengua persa Zaitón; en ella una rica mujer armenia erigió una iglesia muy hermosa y grande, que, transformada a petición suya en catedral por el arzobispo con la dote competente, la donó en vida a fray Gerardo, obispo, y a los que estaban con él, y se la dejó a su muerte. Este fue el primero que tuvo esa silla episcopal. Fallecido el dicho obispo y sepultado allí, el arzobispo quiso hacerme a mí su sucesor en esa iglesia; pero al no prestar yo mi consentimiento a la sucesión se la entregó a fray Peregrino...» (M. Le Quien, *Oriens Christianus*, Parisiis, 1740, III, c. 1358 = van den Wyngaert, *Sinica franciscana*, I, p. 375. De este fray Peregrino se conserva una carta [van den Wyngaert, *Sinica franciscana*, I, p. 365ss.]). También narró las excelencias de Zaitón Odorico de Pordenone (21 1ss. [van den Wyngaert, *Sinica Franciscana*, I, pp. 460-61]), relatando que los franciscanos tenían allí dos casas y que era tan grande como dos veces Bolonia. «En ella hay muchos monasterios de religiosos que adoran ídolos. Estuve en uno de ellos, en el que vivían sus tres mil religiosos, que tenían once mil ídolos, y uno de ellos, el que parecía menor que los demás, era parejo a un San Cristóbal». Cuando la vio Juan de Marignolli (van den Wyngaert, *Sinica Franciscana*, I, p. 536), los franciscanos tenían «tres iglesias hermosísimas, magníficas y muy ricas, un baño, una alhóndiga... y campanas excelentes y muy bellas, de las que yo hice forjar dos con gran solemnidad, decidiendo que la mayor se llamara Juanina, la otra Antonina».

Un puerto de Chincheo figuró muy pronto en la cartografía lusitana del XVI. Fray Andrés de Urdaneta, al emitir su informe sobre la pertenencia de las islas Filipinas a la zona de demarcación española en octubre de 1566, tenía en su poder dos cartas que había conseguido en Lisboa: en una estaba pintada «la tierra desde Europa hasta cabo de Comorín...; la otra carta, que es menor, tiene desde el mar Rubro hasta cabo de Chincheo, que está en la costa de China, que está en 25 grados de latitud de la parte del Norte» (A.G.I., Patron. 49, 12 n.º 1). Ahora bien, Phillips y Douglas probaron con buenas razones que el Chincheo portugués no es Tsuan-cheu, sino Chang-cheu; es sugestiva, por tanto, su teoría de identificar Zaitón con Chang-cheu, el puerto de más nombre en el s. XVI (cf. Yule, *The Book of Ser Marco Polo*, II, p. 239ss.).

es Catay, con una ciudad¹⁴; lo que es más, no habría tenido necesidad ninguna de que un cosmógrafo bien intencionado lo pusiera en antecedentes de las excelencias de Catay antes de zarpar de Palos, porque un rápido repaso a los capítulos correspondientes del *Milione* le hubiese bastado con creces para apreciar su grandeza y magnificencia.

2. LA FAUNA Y LA FLORA INDIANA

En la India se crían los mayores animales del mundo: por ella se pasea majestuoso el elefante, avanza torpe el rinoceronte, corre el tigre, acecha la pantera negra. Desilusión de desilusiones: cuando desembarca en Guanahaní, escribe el almirante: «Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla» (p. 151); al costear el 16 de octubre la Fernandina se escucha la misma cantilena: «Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos e lagartos». Después divisa un gozque que no ladra el 28 de octubre (cf. 29 oct.), y el 6 de noviembre remacha: «Bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladran». El chasco no puede ser mayor, tanto, que se comprende que Colón registre como gran hazaña en su *Diario* que el 22 de octubre se diese muerte «a una sierpe que se había refugiado en una laguna», y que al día siguiente anote que Martín Alonso «mató otra sierpe» (p. 164). Gran proeza sin duda la realizada por nuestros antepasados, si aquella serpiente hubiese sido como las descritas por Marco Polo (cf. II 40) y demás cronistas de Indias: ofidios de gigantescos anillos que se atreven a habérselas con elefantes y otras fieras de fuerzas desahoradas y tamaño descomunal; pero la realidad no es tan bella: se trataba de una tan inofensiva como imponente iguana, que poca resistencia pudo ofrecer a las lanzadas de los españoles.

No siempre fue así, no obstante; los escritos colombinos resultan a este respecto muy engañosos, y apenas cabe duda de que han sido retocados a posteriori. Hubo de existir por fuerza una atmósfera de tensión entre aquellos hombres inexpertos y asustados, que esperaban

14. Algo de esto logró intuir E. Jos (*El plan y la génesis del descubrimiento colombiano*, Valladolid, 1979-1980, p. 46 y la rectificación de p. 40). Cf. ahora, sobre todo, J. Manzano Manzano, *Colón y su secreto*, Madrid, 1976, p. 181ss.

ver salir de improviso de los manglares una feroz alimaña de las reseñadas por los historiadores de la Antigüedad. Mal se comprende, si no, que el 6 de diciembre Colón pusiera a un promontorio de la Española el nombre muy significativo de cabo del Elefante. En realidad, el encuentro con un paquidermo, entrevisto en sueños en el tercer viaje¹⁵, no figuraba entre los peligros más señalados. El miedo cerval a los grifos, de los que se creyó haber divisado huellas, provocó la desbandada de una cuadrilla que había salido a explorar el interior de Cuba en 1494¹⁶. Todavía en la cuarta navegación, cuando los mareantes vieron que los indígenas del puerto de Huibá hacían su morada encima de los árboles, se pensó que la causa de tal novedad se debía al pavor a los grifos¹⁷, que, por cierto, infestaban, según se decía, la tierra del Labrador descubierta por Corte Real¹⁸; y aun al apacible Motolinía¹⁹ le alcanzaron inquietantes nuevas sobre la existencia de tales monstruos, «que hay en unas sierras grandes que están cuatro o cinco leguas de un pueblo que se dice Teocan, que es hacia el Norte», y que hicieron inhabitable por su extrema ferocidad el valle de Auacatlán.

El desencanto que le produce la falta de cuadrúpedos, animales tan esperados y tan peculiares de la India, lo ha de compensar el almirante cargando las tintas sobre otros aspectos de la fauna, además de arriesgar algunas suposiciones aventuradas, como cuando el 29 de octubre «vido cabeças de güesso que le pareçieron de vaca», o el 17 de noviembre el fuerte olor de almizcle le hizo creer «que lo debía de aver allí», es decir, que allí se daba la gata de algalia que él conocía de su experiencia africana. Una manera de evitar la mala impresión que tal carencia podía causar en los reyes estriba en ponderar el pescado, abundantísimo y a veces muy semejante al de España; solo extraña

15. Una pisada de elefante vio o creyó ver Bernardo de Ibarra en 1498, como declara en los *Pleitos colombinos*, I, p. 139 (C.D.I.U. Madrid, 1982, vol. VII). Cf. mi introducción a *Textos*, p. 70, nota 150.

16. A. Bernal (= Bernáldez), *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, cap. CXXVIII, p. 321 (ed. Gómez Moreno-Carriazo).

17. Don Hernando, *Le Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo*, XCIV (II, p. 225 Caddeo). Nada dicen al respecto Las Casas ni el extracto hecho por Zorzi de la relación de don Bartolomé.

18. Cf. F. López de Gomara, *Historia general de las Indias*, cap. XXXVII (BAE 22, p. 177 b).

19. *Historia de los indios de la Nueva España*, III 7 (p. 150 O'Gorman).